

NECRO-FICCIONALES
CUENTOS DE VIDA O MUERTE.

HELEN MARÍA VEGA GUZMÁN

Trabajo de grado presentado para optar por el título de profesional en Lingüística y
Literatura

ASESOR
RAYMUNDO GOMEZCASSERES V

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA

2014

CONTENIDO

PRESENTACION	1
POLOGO	2
BIBLIOGRAFIA	10
CUENTOS:	
LOS MONSTUOS DE LA VEREDA	11
MONOLOGOS DE IMSOMNIO	17
NUEVE ESCALONES AL CIELO	25
POR QUÉ LLEGASTE TARDE PABLO	28
LA HERENCIA	30
LOS PATIOS	33
LA LLEGADA DEL HERMANO MAYOR	37
MI ÚLTIMO DÍA EN CARTAGENA	42

PRESENTACIÓN

Este trabajo está conformado por una selección de cuentos relacionados con la vida y la muerte y la delgada línea en la que están situadas, estado por donde el ser humano se desplaza constantemente.

Conmemora el lenguaje y la facultad de éste para trasportarnos a los niveles ilusorios que nos planteamos los vivos con respecto a lo que nos ocurre antes, durante y después de que el cuerpo físico se expone a la deformación y deterioro de sí mismo.

Estas historias han sido el producto de imágenes que otros me han dejado a través del tiempo. Algunos de los personajes están relacionados a mi pasado, a ellos los conmemoro tratando de hacer de sus instantes trágicos algo artísticos, que quede como un eco de sus voces silenciadas para siempre, y que ahora hablarán en los renglones de este libro.

NECRO-FICCIONALES

CUENTOS DE VIDA O MUERTE

“ciegamente reclama duración el alma arbitraria
Cuando la tiene asegurada en vidas ajenas,
cuando tú mismo eres el espejo y la réplica
de quienes no alcanzaron tu tiempo.”
y otros serán (y son) tu inmortalidad en la tierra.”

Jorge Luis Borges.

Uno a veces amanece torpe, distraído de las cosas; con náuseas o quizá con un peso tan grande en la cabeza que hace que no se sostenga en su lugar y termine dando tumbos en la silla del bus o en la cabecera de la cama.

A causa de aquellos malestares uno dura uno, dos, tres, y hasta cuatro días sin dormir, y entonces empiezan a aparecer a un costado de la cama un montón de pastillas que te sumergen en la muerte profunda del sueño y que tu psiquiatra te ha recetado por conceptos que aún no logras comprender por completo.

El cuerpo se satura de fármacos, y aquellos caminitos blancos que van dejando la Clonasepan, el Isoklon y la Paroxetina te convierten en un zombi que va a trabajar y a estudiar y que algunas veces sabe qué es comer por las tardes.

El cuerpo físico es lo único que sentirás. Solo tendrás la sensación de lo abultado del pecho, hormigueo en las manos, te estirarás en la cama, mirarás tus brazos tristes que se adelgazan con las horas; sentirás las piernas de hierro mezclado con carne, la espalda que se arquea en dimensiones desproporcionadas, y si te acuestas temprano y esperas el sueño blanco, entonces sentirás el tremendo palpitar del corazón, que se asusta sin haber motivo; sentirás que solo existe tu pecho a causa de la forma en que se expande y contrae.

Es en este momento de angustia en que la vida se convierte en una penitencia, en una tortura; una pesadilla de la cual deseas despertar pronto.

¿Despertar? Alguien te oye decir que prefieres morir a soportar los síntomas de una enfermedad y se asustará, se perturbará.

Se le teme al sufrimiento, ya que estamos compuestos de materia física penetrable, sensible, vulnerable. Y por experiencia sabemos que cuando las afecciones físicas superan la capacidad de aguante, nos vemos en la necesidad de dejar de sentir, y ese “dejar de sentir” algunas veces se traduce en la muerte como escape.

Correr, huir del dolor, de los miedos, de los órganos corporales que se hinchan a su antojo, del cerebro que nos juega malas pasadas, que nos engaña y nos miente; de la conciencia de estar dolorosamente vivo.

Más, a veces uno se hace consciente de la irremediable locura en la que empieza a entrar. Y ve así, cómo el cuerpo y sus reacciones se contradicen con la realidad.

¿Es mejor estar muerto que loco? Piensa uno y se aterra en la respuesta que asienta con su cabeza inmensa: sí.

“La muerte no duele” decía mi abuela, y yo, haciendo montañitas de arena en el patio la oí. En ese instante empecé a pensar que posiblemente la vida y la muerte eran entidades opuestas, e imaginaba una línea invisible que las dividía. Luego la iglesia y el cuento aquel del infierno y el paraíso, los espíritus y los fantasmas. Muy confuso para mi mente pequeña de entonces.

Pero muy a pesar de lo que dice la sociedad, algunas lecturas y ciertos cuentos heredados, uno se va dando cuenta de que, quien mejor puede hablar sobre la vida es la piel, los sentidos; sobre todo cuando se está bajo los efectos de una enfermedad, cuando los poros se convierten en inmensos cráteres por donde

entra el dolor y nos encontramos en una dimensión más elevada de conciencia sobre lo que es vivir.

Por otra parte, de la muerte no sabemos más que lo que vemos con los ojos: cese de la respiración, de circulación de sangre y descomposición corporal. De lo que ocurre después, solo sabemos a través de recreaciones literaria de diferentes ideas que parecen lógicas debido a al buen uso de la palabra al que acuden ciertos escritores.

La humanidad sufre del miedo constante a la desaparición, al olvido. Producto de ese temor han surgido las más grandes obras de arte. Las momias egipcias, por ejemplo y sus imponentes mausoleos piramidales no son más que la búsqueda de una prolongación de hombres poderosos hacia circuitos celestiales de trascendencias divinas.

Temor; todo se excusa en el temor a la muerte. Es por eso que se dedican tantas páginas y tanta energía a la búsqueda de la prolongación propia: la eterna juventud, la clonación, etc.

El hombre siempre, tanto el antiguo como el moderno, ha necesitado saber qué vendrá después de la muerte, si es que hay un después, si es que algo más le espera por experimentar luego que se paralizan las funciones corporales y aparece la tendencia a volverse tierra.

Pero no hay respuesta fija para este dilema. Mucha gente quiere trascender, dejar huella en el universo, prolongar su imagen por la eternidad aun cuando esa imagen sea proyectada a través de las artes o de acciones.

Otras tantas solo desean desaparecer, sin dejar huella, no oír, no sentir, porque simplemente cada roce de su cuerpo con los espacios que contemplan lo exterior está ligado al dolor, al pesar.

Ahora bien, para todas las preguntas siempre hay una respuesta, aunque muchas veces no sea la más acertada, sí puede llevar consigo el encanto, la magia de una recreación literaria o artística de sentimientos ligados a la muerte, sobre los cuales no tenemos ningún conocimiento más que los comentarios de terceros y las aproximaciones visuales de alguien que ha dejado de respirar.

Es posible que mañana te levantes y descubras que el mundo solo existe porque tú abriste los ojos para verlo. Como los colores que mágicamente aparecen cuando enciendes una luz. Es posible también que no haya vidas pasadas ni futuras, sino el residuo genético en ti de todos tus antepasados.

Es posible también que estés escrito en alguna novela o cuento y alguien simplemente te está leyendo en voz alta. Como pensar por ejemplo que la vida y todo el sufrimiento de Ana Frank no hayan existido más que en su diario. Como si te dijera que leas de nuevo el diario y la resucites.

Es posible increíblemente que todo no sea más que literatura.

No hay manera de liarse a interpretaciones fijas ya que todo es relativo y lo que para unos es real, para otros puede ser completamente falso.

“Hay experiencias a las que no se puede sobrevivir. Experiencias tras las cuales se siente que ya nada puede tener sentido. Después de haber conocido las fronteras de la vida, después de haber vivido con exasperación todo el potencial de esos peligrosos confines, los actos y los gestos cotidianos pierden totalmente su encanto, su seducción. Si se continua, sin embargo, viviendo, es únicamente gracias a la escritura, la cual alivia objetivándola, esa tensión sin límites, la creación es una preservación temporal de la guerra de la muerte”(Cioran. Pág, 20) Porque luego de todos los trastornos, de todas las preguntas solo nos quedan los momentos de creatividad durante los cuales explotamos hacia dimensiones extra terrenales. Cuando se confunde el brillo de las constelaciones más altas con las pupilas radiantes de la mirada que se tiene al final de un buen cuento o de un poema eterno.

La escritura es una forma de salir de agujeros negros y de prolongarse, ir mucho más allá que cualquier ser humano. Sí, es cierto que somos en el pasado y en el presente las pieles mudadas de la serpiente que ondea en el futuro. Pero hay algunas de esas pieles que logran prolongarse, de cierto modo fosilizarse y permanecer visibles a la humanidad.

El arte literario concentra la vida en un instante de brillo. Un momento en el tiempo en que hubo un desliz, una excepción, un punto negro en el espacio blanco.

Todos somos todos, es cierto. Nuestro cuerpo está compuesto por esos residuos de todos los antepasados que alguna vez existieron. Pero sin las artes, seríamos solo un enorme ser mutando en dimensiones temporales escalonadas. Y si hoy muriera y luego de algunos años muchas personas pudieran leer esto que escribo, sin duda habré vencido la muerte, ya que habré creado resonancia de mis pensamientos únicos y especiales en la conciencia individual de otros. Se abrirá un distractor que propenda por señalar que existo, cuando ya no esté. Como la luz de las estrellas muertas.

En fin. Hay millones de distractores para combatir a la muerte que nos acecha siempre. Para ver ejemplos solamente hay que ir a un museo, a visitar la tienda de música o simplemente ir a una librería y pararse frente a la sección de literatura universal. O leer la siguiente lista de cuentos.

Teniendo en cuenta lo precedente, podríamos quedarnos horas hablando de las artes y la inmortalidad, del suplicio del hombre por alcanzar el futuro y vencer los límites de la vida. Pero solo tenemos algunas páginas y es necesario abreviar. Pues bien, no nos importa para el caso ninguna otra ciencia transgresora que no sea la literatura, más exactamente cómo funciona la creación literaria a través de las imágenes abstraídas en palabras y la existencia de las cosas sublimadas en el lenguaje.

Un escritor no nace siéndolo ni mucho menos decide serlo. La cosa es un poco más complicada. El arte literario es un don que se moldea y se trabaja con el transcurso de los años. No voy a la universidad a volverme escritor, como alguien que va a convertirse en abogado, ingeniero o médico. Además de esto existe también una parte que a muchos les parece irracional, pero que es lo más lógico en cuanto a la creación y es la forma en que el individuo creador se conecta con lo que crea y los medios que lo llevan a hacerlo.

Henry Miller dice que “todo lo que hacemos, todo lo que pensamos existe ya y solo somos intermediarios”¹ pero no se trata de una mediación cualquiera. En lo que a literatura se refiere hay una fuerza superior que controla al artista.

Ese intermediario del que nos habla Miller, está recibiendo constantemente imágenes del mundo y del espacio estelar.

Las obras literarias son aquello que queda de una época, vida, o momento en tiempo después de haber pasado por el filtro del cuerpo y el alma de un escritor. Todo lo que nos rodea nos habla: una piedra, las estrellas, una flor, un ave moribunda, la arena de la playa; todo tiene una voz profunda, tan profunda que a veces no podemos escucharla sino cuando estamos atentos a las cosas más simples del entorno. Ahora bien, un escritor no se sienta a tratar de percibir esas voces de silencios, un escritor es golpeado por infinidad de voces que lo desgarran, que lo atormentan o lo reviven. No es entonces éste, un oficio como cualquier otro.

¹ Henri Miller. Pág. 120. El oficio del escritor.

Se dice que un artista literario ejerce un poder insinuante y conmovedor desde todos los niveles sensitivos con respecto a la palabra. Pues bien. ¿Qué tal si se pudiera comprobar que es la palabra la que domina al artista?

En este caso el lenguaje se presenta en forma de imágenes. El cuerpo del escritor se extiende a través de los espectros del dolor y la belleza.

María Mercedes Carranza por ejemplo, “nació a unos días de la derrota del nazismo y de que se revelara al mundo el horror de los campos de exterminio. Murió en los tiempos del terrorismo y del terror.”² Como vemos su vida está ligada al dolor y a la muerte. Las imágenes que la persiguen configuran un espacio desolado que la atormenta y su condición de artista la hace vulnerable a este fenómeno.

Las palabras la atraviesan, la usan. El país habla a través de María Mercedes. Su último poemario, *El canto de las moscas*, es un ejemplo de cómo las imágenes del terror usan al artista para reinventarse en arte. No se escoge lo que se escribe. Los sonidos y las imágenes llegan por si solas. Ellas son la energía que convoca la escritura. Así de tal manera, sin la violencia en la cual estaba inmersa la sociedad donde nació y vivió María Mercedes Carranza, nunca hubiera podido escribir este poema:

“TIERRALTA

Esto es la boca que hubo,

Estos los besos

Ahora sólo tierra: tierra

En la boca quieta.”

² José Emilio Pacheco. Poesía completa y cinco poemas inéditos. María Mercedes carranza.(Prólogo)

El poemario *Canto de las moscas* está conformado por 24 poemas, los cuales llevan los nombres de pueblos que un día fueron devastados por la violencia en Colombia.

Estas imágenes de horror y muerte llegan como llegan a muchas otras personas, pero solo en ella saben traducirse y configurarse en lenguaje poético. Es porque ella es distinta, es una mujer elevada de lo común y extremadamente sensible y expuesta al dolor. Quizá es la razón por la cual se quitó la vida.

Los nervios se estresan y se alteran cuando un ser sensible no es capaz dominar sus sentidos que inevitablemente se expanden por doquier como la hierba, el agua, la arena o el fuego, la brisa y la lluvia; con los temblores más miserables de la conducta humana, ligada a todos los fenómenos culturales, sociales y naturales del mundo. Todo pesa en ella como pesa la tierra sobre el pecho del muerto en vida.

El escritor es escogido por no sé qué fuerzas. “un artista es una criatura impulsada por demonios. No sabe por qué ellos lo escogen y suele estar muy preocupado para preguntárselo.”³ Algo superior lo domina. No hay nada que hacer ante el caso, solo dejarse caer sobre el papel como una fiera y como un dulce arrullo a la vez. No hay forma de lidiar con los demonios del arte, solo dejarse llevar por ellos. Y si el cuerpo es débil, si en algún momento en la vida dejas de hacerlo, te despertarás un día sonámbulo y amanecerás con las manos cansadas y una gran historia que no sabes de donde habrá salido.

Y si las neuronas te fallan, el mundo ha de golpearte tan fuerte que no podrás levantarte, y como María Mercedes, puede que un día alguien te encuentre con las manos en un libro que murmura entre abierto: “todo cae, se esfuma, se despide y yo mismo me estoy diciendo adiós.”⁴

³ William Faulkner. Pág.170. El oficio del escritor.

⁴ Se dice que el cuerpo de la escritora María Mercedes Carranza fue hallado junto a un libro entre abierto donde se podía leer este poema perteneciente a su padre su y también escritor colombiano Eduardo Carranza.

BIBLIOGRAFÍA.

- 1) GONZALEZ Jorge Luis. 2006. El oficio del escritor. México DF. Ediciones Era.
- 2) CIORAN Emil. 2009. La cima de la desesperación. Editorial Fàbula tusquets
- 3) CARRANZA Eduardo. Epístola mortal, galope súbito (en línea el 15 de marzo de 2013) <http://seriealfa.com/tigre/tigre4/carranza.htm.consulta>
(Consulta 15 de marzo de 2013)
- 4) CARRANZA María Mercedes.
- 5) BORGES Jorge Luis. 2013. Jorge Luis Borges, Poesies complete. Random House Mondadori, SAS. Bogotá.
- 6) CARRANZA Eduardo. 1973 El olvidado y otros poemas. Editorial Antares. Bogotá.

LOS MONSTRUOS DE LA VEREDA.
DE ALUCINACIONES A OTRAS ENFERMEDADES.

Vicente.

En campo existe una lucha constante contra los monstruos del cultivo. Uno les llama así a esas plagas que devoran la siembra sin piedad alguna y hacen que uno termine el verano comiendo yuca con ensalada de papaya verde o lo peor: con lengua; bueno, si tienes la fortuna de morderte la lengua mientras comes.

Ese día fui al cultivo muy temprano como siempre a quitarle los gusanos verdes a las hojas del tabaco. Parecía cosa de nunca acabar. Uno le quitaba tres y aparecían cinco. Llenaba la totuma con un montón de esas larvas hambrientas y luego las enterraba o las quemaba.

Al principio me daba mucho asco, pero uno se va acostumbrando con los días. No hay plata para el plaguicida, y si no hace nada, ellos devoran todo, y esas hojas que muerden quedan como coladores. En la tabacalera se lo regresan a uno. Nadie compra eso.

Como siempre recogí la totuma llena de gusanos pero no los enterré, ni los quemé. Se me ocurrió algo mejor. Si había una cosa a lo que mi hermana le tenía miedo era a esos bichos, y verla correr de susto era algo que me daba mucha risa, así que decidí hacerle una broma. Los tapé con una hoja de bijao y me los llevé. El plan era decirle que eran tomates y ver qué cara ponía cuando destapara el regalito.

Cuando éramos pequeños solía corretearla por todo el patio con un gusano en la puntica de una rama, se ponía roja y empezaba a gritar de pánico. Ahora ya

habíamos crecido lo suficiente para tener familia y ser personas serias, pero yo nunca he supe de eso, yo solo sabía de bromas y de risas. Había gente que me criticaba por eso, pero en una vereda como Mata Perro, donde no había ni luz, ni nada en que entretenerse lo mejor para estar distraído era molestar, hacer bromas.

La vida no era fácil allá. No había iglesias, parques, canchas de futbol, ni nada parecido; solo hierba, monte, árboles, plantas y gusanos, habían más gusanos que comida; más que plantas. Estaban en todos lados. Yo tenía una fijación con ellos. Creo que hasta en mis ojos. A veces no me dejaban dormir.

-Mayo aquí te traje estos tomates para que hagas una ensalada.-

Caminó hacia mí sin el menor cuidado y sostuvo la tutuma entre sus manos. Pesaba, así que no sospeché. Puse cara de serio para que no tuviera duda de que yo a veces podía ser amable con ella.

Llevaba su trajecito de florecitas azules con fondo blanco, me pareció que flotaba en sus ropas. Que sensación más extraña me dio en el pecho cuando la vi darme la espalda. Quise detener la broma por un instante. Pero, esa sonrisa de medio lado que me acompañaba en mis travesuras inconscientes ya estaba en mi cara. No había vuelta de hoja.

Ella puso el recipiente en la mesa y levantó la hoja que la cubría, balbuceó unas palabras y calló al suelo.

Vaya susto, su boca se empezó a llenar de espuma y su cuerpo temblaba.

Los gusanos se esparcieron por doquier. En su pelo, en su espalda, en el suelo, en la mesa, en el techo; subían por las paredes, por mis zapatos. Se desplazaban con esa sensación de goma que dejan al pasar.

Un grito de mi madre y el silencio más profundo se rompió.

Agarré la hamaca, recogí una ropa mía que estaba secándose en el patio, la metí en una alforja; busqué una caja de fósforos, unos tabacos, mis abarcas nuevas y me fui.

Yo no iba a andar cargando muertos. No iba a estar contentando madres. Solo sabía una cosa: yo no tenía cara para estas cosas, así que lo mejor era perderme monte adentro, como lo hacía mi padre en sus viejos tiempos.

Después de varios días en el monte, durmiendo en la hamaca colgada de árboles altos y de trajinar entre la maleza, uno empieza a cansarse y a darse cuenta de que por entre las grietas de las peñas hay otros monstruos de la vereda: las serpientes. Con su siseo escalofriante me asustaban por las noches y no podía dormir del miedo a que alguna terminara trepándose en mí mientras dormía. ¿Por qué todos estos pequeños demonios me causan tanto escozor? Si se parecen a mí, son solitarios y escurridizos.

No había nada que hacer. La dieta del monte me produjo diarrea, así que decidí regresar. Mientras bajaba de la montaña se cruzaron en mi cabeza mil pensamientos: que mi hermana había muerto, que mi madre estaba triste, que tal vez no había pasado nada y la iba a encontrar con sus vestiditos al aire, lavando la ropa con un tabaco en la boca; hinchada de humo y de alegría, cantando las canciones que su novio Jaime le dedicaba.

Cuando llegué, lo primero que vi al doblar la esquina de mi calle fue un niño jugando con un balón. Por un instante creí que tenía gusanos en su pelo. Pero no. Debe ser la situación que me puso a alucinar. Seguí caminando con el burro al lado y vi mi casa. Había pasado un mes y ahí estaba yo, de vuelta.

La puerta estaba entreabierta y adentro Jaime cantaba un vallenato con su guitarra negra. Su voz triste se sentía quebrar por momentos. Seguí hasta llegar y abrir del todo la puerta.

Mi hermana estaba en cama con un vestido nuevo. Arriba en el zarzo un féretro con un candado, lo usaba como baúl para guardar sus cosas.

Nadie me miró, nadie me dijo nada, como si el muerto fuera yo.

Jaime se fue al patio con los ojos llenos de lágrimas.

-Venga papá. Cíerreme usted los ojos que ya me llegó la hora.- Dijo Mayo, en agonía.

Papá extendió su mano que se alargó hasta el infinito. Sus dedos temblaban. Tocó la muerte con ellos y un instante antes de que llegaran a los parpados, los ojos de ella se cuajaron en aire, como viendo la nada, y su brillo habitual se convirtió en una masa gelatinosa, como los pescados cuando les ponen demasiada sal y luego se la sacan, así. Mirando la muerte de frente. Y luego la mano de mi padre le cerró los ojos para dejarla dormir su sueño eterno.

Solo hubo silencios, por muchos años. Silencios de gusanos que se treparon en mí, por todo el cuerpo, por los brazos, por las piernas, y aun los sigo viendo en cada cosa que agarro, en cada cosa que miro.

Cuando el ataúd bajó ayudado con cabuyas los tres metros abajo, los gusanos seguían saliendo por las orillas de la tapa. Aun masticaban la hierba que cubría su tumba muchos años después.

Mayo.

No es que me llame mayo, no. Me dicen así de cariño. Mi nombre es María como mi madre, como mi abuela; como seguramente se ha de llamar alguna de las hermanas, o sobrinas que nazca después que yo muera. Una tarde estaba en la hamaca meciéndome y se me vino a la mente que alguna sobrina mía, en algún día futuro se llamaría también como yo, quizá lo llevaría como segundo nombre. También se me ocurrió que a causa de eso podría llegar a sentir interés en su tía difunta y así escribiría la historia de mi vida. ¿Pero qué historia y qué vida? si mi existencia será tan corta que al final habrá parecido estos renglones.

Aunque no me crean, yo sé el día exacto, la hora y la causa de mi muerte.

Nací en una vereda más allá del olvido, en las afueras del Carmen de Bolívar, enterrada en las montañas que también llevan mi nombre: Montes de María. Claro que se llama así por la virgen del Carmen, no por mí.

Aquí nací y aquí he vivido toda mi vida. Con mis padres y mis hermanos. Con la única entretención del caso que siempre fue tejer mochilas y luego llevarlas a vender al pueblo y así poder comprar telas para vestidos, algo de comida enlatada o esas pequeñas cositas que perfuman y hacen a una mujer más bonita.

Mi papá y mi hermano mayor se encargan del cultivo, mi mamá y yo de cuidar de la casa y de mis hermanitos pequeños. A veces mi novio me venía a ayudar con las cosas de la casa.

Somos una familia normal, a excepción de mi hermano Vicente, que es algo así como el fenómeno que toda casa tiene. Es un ser humano detestable, que solo piensa en hacer bromas y en fumar tabaco. Es el mayor de todos, debería cuidar de los más pequeños, en lugar de eso vive asustándonos con animales del campo. A mí siempre está asustándome con gusanos. Mi mamá dice que es culpa de él que yo sufra del corazón.

Las enfermedades son otra cosa acá. Uno puede ir a un médico a que lo vea y le diga que es lo que uno tiene, pero nunca hay plata para los tratamientos y los males se pasan solos. Pero esto que yo tengo, nunca se va a pasar, es peor cada día. A veces siento que me falta el aliento, se me acelera el corazón y esos dolores frecuentes en la mandíbula, el cuello, la espalda y el pecho.

Todos los síntomas dicen que tengo una enfermedad del corazón. El médico me ha dicho que no fume, pero no hago caso, además que trate de no impresionarme. Como si yo escogiera asustarme o no de las cosas.

Hoy mi hermano José María fue a la huerta a quitarle los gusanos al tabaco. Él está más enfermo que yo con ese tema. Dice que no les teme. Pero, siempre está diciendo que en todos lados ve esos “monstruos.” Así les llama. Alucina, como si el tabaco que se fuma estuviera lleno de marihuana.

No es un buen día para quedarse en casa porque va a llover y quiero ver el cielo y que las gotas me golpeen la cara. El tiempo es corto. Me queda un mes de vida. Hay que salir y fumar mucho hasta que los dientes se pongan negros y la boca quede con ese sabor a tierra y las cosas den vueltas y pueda respirar todo el aire que baja de la montaña.

Hace un año compré un ataúd y lo tengo en el zarzo. Ahora mi familia me llama loca. Pero es que no quiero causarles molestias cuando me muera. No quiero ser una carga ni aun en mi muerte.

A veces es mejor ignorar las sensaciones que me dan con respecto al tema, hoy por ejemplo las he tenido todo el día. Pero, es mejor disfrutar cada momento como si fuera el último.

Hoy es un buen día para abrazar a mamá, para besar a Jaime, incluso para hacer un almuerzo de reyes y que todos se sienten a comer juntos en casa. Incluso es un buen día para empezar a creer en mi hermano y entenderle todas sus alucinaciones y perdonarle todas las bromas. Es un buen día para hacer muchas cosas. Después ya no tendré voz ni aliento para nada. Es triste y doloroso saber que día moriré y no poder hacer nada, pero mientras llega el momento disfrutaré de cada cosa. Incluso hasta del simple hecho de hacer una ensalada. Con los tomates que me ha regalado mi hermano.

MONÓLOGOS DE INSOMNIO

Angélica

¿Por qué amanece lento? El sueño está dormido en la gaveta junto con mis pastillas, no quiero despertarlo. Si sabe que estoy aquí saldrá a buscarme y no quiero.

Oigo los pasos cuidadosos de mi madre. Va y vuelve como tratando de saber si ya apagué la luz, si ya soy un ángel, si las horas me vencieron; si estoy viva.

Ha pasado mucho desde que la oí respirar cansada desde la otra habitación. Y yo sigo dando vueltas en mi cama y viendo el techo.

En la mitad de mi cuarto hay una viga, me gusta su forma horizontal y esa figura me inspira, porque es hermosa. De allí podrían quedar colgadas mis pesadillas y todos esos ímpetus de frustración y rabia que llegan de noche.

Mamá.

Estas últimas noches he sentido que mi hija ya no hace tanto ruido, que ya no ha vuelto a dejar la puerta entre abierta, seguramente está esforzándose para poder dormir. Creo que ayer no se tomó el medicamento; me rompe el corazón verla así. Quisiera prestarle mi vejez, de pronto así se cansa más rápido y deja de dar tantas vueltas como esas mariposas ciegas que revolotean en la luz. A veces creo que su mente está en otro lado. En algunas ocasiones la he visto mirar hacia el techo con una sonrisa corta, como si estuviera hipnotizada. Ella no nota mi presencia. Yo procuro ir despacio y descalza para no hacerle ruido.

De tanto esperar el sueño de mi hija yo tampoco he dormido, llevo casi tres días en vela. Hay veces en que me asomo a su cuarto y la veo tumbada sobre su mesita de noche, con ese montón de papeles, pero no mueve la mano; ella dice que escribe, pero no la veo mover la mano. Seguramente está leyendo.

Angélica

Mi madre otra vez me espía. Le hago creer que sí duermo para que se vaya a la cama de una vez. Odio que se quede despierta por mi culpa. Si ya no me tiene pegada a su barriga, si ya lo único que nos une es esta marca que tengo en la mitad de mi abdomen, lo que me hace recordar que alguna vez me bebí su sangre. Cree que con quitarse las chancletas y caminar despacio yo no voy a oírla. No sabe que desde que sufro este insomnio puedo oír las hormigas morder el pasto al otro lado de la calle y escuchar los parloteos de la loca que dice que San Fernando no es un barrio sino el infierno en la tierra, porque el piso le quema los pies. La oigo repetir eso todos los días, aunque su casa queda a ocho cuadras de la mía.

No sé, es raro, pero creo que se me ha despertado un cierto tipo de sentido extra. A veces me acerco mucho a la ventana de mi cuarto y escucho gemidos sexuales que vienen de las otras casas. Ya no me he vuelto a masturbar, antes lo hacía oyendo esos gemidos, pero el ejercicio del sexo sin amor es aburrido, o más bien creo que una sola actividad, en mis eternos días, es muy poca cosa para aguantar, entonces me aferro a escribir. Pero desde hace días que ya no me sale nada bueno.

Esta noche es la más larga de todas, ya me leí todo lo que hay en mi cuarto, hasta los poemas que me dedicó un amigo; son tan absurdos. Dice que me ama pero no le gusta mirarme y cuando lo miro siempre aparta la vista. Yo no quiero ese sentimiento, el amor me desconcierta. No me gusta sentir.

A veces quisiera que el bus que tomo para ir a la universidad, se callera del puente de manga y me hundiera de cabeza en la bahía para no volver a sentir y desaparecer en las sucias y quietas aguas que me miran pasar. Y comerme la agonía de una vez y para siempre, sin el goteo incesante de mis días.

Mamá

Ya mi hija está mejor, parece que ayer durmió. La vi quieta y la respiración se le escuchaba; debe estar cansada por la universidad. Hoy se levantó, desayunó y me dijo que ya no me preocupara más, que se iba a tomar las pastillas. Parece un angelito. Creo que al fin entendió lo mucho que me cuestan esos medicamentos, las consultas y todo lo que sufro al verla cómo se pone. Hoy sí me dormiré tranquila, creo que ya no le hace falta que haga esas rondas nocturnas. AL menos por ahora.

Angélica

No he escrito nada, son las tres de la madrugada, no quiero pensar más.

Afuera el mundo se adormece en sus sueños y yo sigo aquí, con los ojos abiertos en la casi total oscuridad, pendiente de una vela y un papel. Calíope, Erato y Urania, llegan a mí con la ternura de un niño y la fuerza de un toro. En la mesa reposa el poema que acabo de escribir, creo que ha sido el último, el mejor, el que me hará inmortal: se me acaba de ocurrir este poema: “Ya sé por qué estoy despierta, ya sé por qué no duermo más, ya sé por qué ya no soy yo. Ya sé por qué no miro más la viga, sino que cuelgo de ella estrepitosamente, amoratada y difunta, en el hedor de mi carne. Ya no harán falta tus rondas nocturnas. Madre, ya no me busques más. ¡Volví a tener alas!”

Ramiro

Hace días que volví a caer en este insomnio obligado. Juana se retuerce a menudo en su lado de la cama y he decidido dormir en la sala para que esté tranquila. A veces creo que es mejor que duerma sola para que no esté

disimulando el dolor y sufra a su gusto, aunque bueno, para mí es una excusa, así puedo quedarme mirando por la ventana a mi vecina.

Juana mueve algunas sillas en el cuarto, son casi las tres de la mañana. En frente se ve la ventana de vidrio que airea el cuarto de mi vecina. Debe sufrir algún tipo de enfermedad porque siempre esta despierta. A la hora que me levanto, salvo algunas pocas veces, siempre la veo cruzar de un lado a otro como fantasma a través del cristal; hasta que me canso de mirarla o hasta que apaga la luz pero se queda despierta, lo sé porque la siento, y creo que deja una vela encendida.

Su figura escuálida de pelo corto asemeja una virilidad medio forzada, creo que aun va al colegio, no lo sé. Apenas llevo 15 días en este apartamento.

Odio a mi mujer, la odio por que la amo tanto que no puedo dejarla, cuando está en sus crisis la odio más; aún más, cuando me toca sostenerle la cabeza frente a la bacinica para que vomite o alivie sus diarreas. Siempre, creo que desde que me enamoré de ella la odio. La odiaré más cuando me deje y se vaya; sé que va a ocurrir pronto, porque aunque le cortaron el seno no mejoró, y el tratamiento ha seguido. La odio más al punto de querer matarla sobre todo cuando vamos a la clínica y me toca esperar a que la atiendan. Casi no acaban esos tratamientos. El médico me dijo que le faltan unos pocos pero yo sé que no sirven más que para atormentar sus últimos días.

Es una desgracia no poder irme de aquí, pero ahora creo que me enamoré de la loca esa que no duerme, mi vecina de enfrente.

Estoy cansado, me duele la espalda, volví a perder el trabajo porque gasto mucho tiempo en la enfermedad de mi mujer y faltó a mis labores. Realmente quiero que se muera, quiero que esté tranquila. Sí, quizá suene algo duro, pero yo tengo que vivir, tengo 26 años; no es justo que me desgaste de esta manera. Parezco un viejo, hasta tengo mal aliento. Pero no puedo dejarla, ¿Qué van a decir de mí? Que la abandoné cuando estaba en las malas, que soy un cobarde. Estoy cansado de todo esto; no tengo sexo, no voy al cine, no duermo, siento que ya estoy enterrado vivo. Pero lo peor es que no haré nada para cambiar esto. Quizás

mañana compre un veneno para ratas y se lo dé a beber en el jugo del desayuno.
No sé.

Juana

En una de mis tardes de deliro, en donde el dolor se va y parece que no tengo nada, que estoy como antes, me siento en la sala a escribirle otra carta, de esas de amor idealizado que me salen siempre. Pero la persona a quien las escribo hace tiempo se olvidó de mí, hace tiempos que ya no piensa en mí.

Mi esposo una vez leyó una y creyó que era para él porque hizo un gesto de desagrado y por poco hace que mis cartas terminaran en el cesto de la basura. Él piensa que si me deja sola me voy a morir más rápido y va a quedarse con esa deuda a la vida, y como es un maldito cobarde, no deja de intentar cuidarme, pero siempre con la torpeza de un niño tratando de cuidar un juguete. A veces quisiera salir corriendo de aquí y gritarle antes en la cara lo aburrida que estoy de él, que me aburre y me desespera el sólo hecho de tener que convivir con él, pero me da lástima que se queda ahí, esperando mientras se me pasan los dolores, o hasta que el vómito se va.

A pesar de que el médico me da esperanzas de vida, he decidido que quiero morirme y la verdad no sé cómo hacer para quitarme la vida. Resulta a veces una total locura cuando me paso ratos sentada en el computador buscando las muchas maneras que existen para quitarse la vida. La más rápida, la más eficaz, sin dolor ni angustias. Pero no creo ser capaz de hacerlo.

Angélica

¡Otra carta más! Confronté al mensajero, pero parece que le pagan demasiado o su moral no le permite revelar la verdad de esas letras tristes que me revelan el amor que alguien siente por mí, pero, la gran pregunta: ¿Quién es?

Qué tontería. La próxima carta que reciba la botaré sin leerla, es más la romperé frente al tonto que me las entrega, así entenderá el mensaje.

Ramiro

¡Qué mierda! Dos mil pesos y mi vida se arregla, total. Eso lo venden en cualquier tienda, ni siquiera tengo que mencionar para que lo quiero, todo el mundo tiene plagas en su casa.

Son las tres de la madrugada, ojalá amanezca rápido para ver si salgo de esto, Dios mío, ya me tiemblan las manos y aun ni lo he comprado.

Juana

Llevo 15 días en esta casa, pero fue aquí donde crecí, luego me fui, y al morir mis padres regresé. Recuerdo el jardín de la casa de en frente y las ventanas siempre abiertas. Este barrio es tan quieto que lo único que escuchaba a veces era el latir de mi corazón, cuando veía al amor de mi vida, bueno, uno se enamora una sola vez y para siempre aunque después tenga muchos amores. Lo que digo es un disparate. Jamás me correspondieron.

La última sesión gracias a Dios, ojala y mi marido no esté furioso, porque hoy esperó más de la cuenta y porque le vomite los zapatos. No sé si llorar o acostarme a dormir, ya es muy tarde.

Mamá

El vecino de en frente siempre se ve nervioso, corre de un lado a otro y a veces no duerme. Hoy al en la madrugada como a las 6 ya estaba de pie y saliendo, volvió con bolsas, de comida, es tan entregado a su esposa enferma, ojalá y mi marido hubiera sido así, cuando éramos jóvenes.

En esta calle parece que la gente sufriera de falta de sueño, tal vez debería mudarme para ver si mi hija por fin se cura de eso.

Hoy me di cuenta que amontonó todas las pastillas en un vaso. No sé qué piensa hacer, pero mejor y se las dejó ahí, si se las cambio de lugar, seguro se molesta conmigo.

Angélica

Ayer desperté en el hospital, parece que tome más pastillas de la cuenta. Quizás ya estoy muerta y no lo sé. Llegué a un cuarto. Una especie de salita donde algunas personas deambulaban o se sentaban con sus oxígenos portátiles. En la ventana había una luz brillante que iluminaba todo. Afuera el día estaba radiante; hasta me dieron ganas de salir a caminar porque no se sentía calor y no se oían los ruidos normales que siempre vienen de la calle.

En ese lugar conocí a una mujer, bueno en verdad es mi vecina Juana, pero nunca jamás había hablado con ella. Me miró y sonrió. Por primera vez sentí una pequeña punzada abajito del pecho.

Hablamos por horas y me recitó de memoria varios poemas. Es increíble como uno se pierde de tantas cosas por estar viendo para otros lados. Eran los poemas que me habían mandado durante años. Su mano hacía figuritas en el aire mientras hablaba, como dando un discurso. Por primera vez sentí una infinita calma. Noté que sus ojos tenían unas ojeras marcadas de insomnio, como las mías. Empecé a sentir una pesadez en el cuerpo, una somnolencia que no dolía. Me recosté en sus piernas mientras ella me acariciaba el pelo tiernamente. Perdí todos mis poderes, las voces lejanas que siempre oía se alejaron rápidamente y le pregunte:

-¿Estas muerta? ¿Estamos muertas? Ella me miró fijamente y me dijo:

Sí el veneno que planeó darme mi esposo hizo su efecto, sí. Pero te siento tan real que no creo que esté alucinando o algo por el estilo. Quizás no estamos muertas.

NUEVE ESCALONES AL CIELO.

Enrique había salido temprano aquel día a hacer algún trabajo de albañilería, su gesto confuso y su caminar pesado no eran los habituales.

-Y qué tal si me dieran un tiro aquí-. Señaló arriba de su ceja derecha con el dedo índice.

-Seguramente no sentiría nada. Concluyó.

Había presentido toda la semana algo inevitable, y la hora parecía acercarse cada vez más cuando se enteró que habían matado a su mejor amigo en su propia casa.

Era cosa común por aquellos días en que la guerrilla se comía el pueblo como perros masticando huesos. Por esos días cuando cada mañana había una noticia nueva de un muerto nuevo, pero que no era tan distinto con excepción del nombre del masacrado.

Quizá iba rumiando el nombre del amigo muerto mientras caminaba y por eso su paso se hacía obligado y tenso como si sus botas de trabajo estuvieran hechas de plomo.

El trabajo quedó inconcluso. Para qué trabajar si seguramente ese sería su último día. Y las ganas se habían terminado como terminaba la tarde; como terminaba el día.

Llegó a la casa de su madre, comió por última vez un plato de arroz blanco, carne y un jugo de mango que su hermana había hecho. No era común que se fuera tan tarde, ya que el camino era oscuro y había que recorrer por una senda donde las lámparas de las redes eléctricas figuraban como fantasmas más negros que la oscuridad misma. Y los arboles con sus manos largas hacían parecer aquella ruta una cueva donde uno no podía ver ni su propios pies al caminar.

A mí lo que me da miedo es eso...que me salgan dos tipos en el callejón; sí, por ahí por donde Jairo, y me vayan a disparar; por eso cuando paso por ahí siempre voy pendiente.

El terror dormía en casa aun cuando se colocaban trancas de madera a las puertas, aun cuando se soltaba el perro y se ponían vasos de electro plata en las orillas de las ventanas y las puertas. El terror era como el polvo, se metía por todas partes, y uno amanecía empapado en él aunque se sellaran con trapos las rendijas; aun a pesar de los toldillos, aun a pesar de las sábanas.

Enrique sentado aquella última noche, recordó los días de colegio, las carreras para alcanzar las ciruelas a la salida. El sudor de los días y los zapatos prestados de su hermano; recordó los días en que Mamá lo correteaba con baritas de guayabo por alguna travesura, una foto familiar, y la cara de su hermano mayor muerto hace ya varios años a causa de una descarga eléctrica en alguna torre de Mamonal.

Empezó a imaginar que era un ángel parado en un poste de luz cuidando a su madre mientras veía las luces de la estación y las opacas bombillas rojizas que dibujaban un pesebre y la dignidad de la torre de la iglesia que se sumergía en el agujero que era ahora el pueblo. Imaginó que sería un ángel como lo era ahora su hermano mayor y que volaba por las plantaciones de yuca y los maizales verdes de abril junio. Imaginaba, pensaba, distraía las horas mientras apretaba sus manos miedosas en los bolsillos.

La camioneta del jefe de Jairo se desportillaba por las calles para ir a recogerlo.

-Nadie vio nada-. Dijo una señora.-

-Fueron nueve, nueve, nueve balazos-

-Que eran dos, que se fueron por las trochas-

-Que nadie los vio, que nadie los vio.

Que estaba oscuro, o que todo fue tan rápido, o que todos estaban ciegos, o que la guerrilla, los paramilitares y el ejército habían dejado a todos ciegos y solos en una fosa común donde los muertos sembraban tabaco e iban a la iglesia con la misma devoción con que asistían a las casetas nocturnas.

Que Enrique ahora volaba a ras del suelo como una tórtola asustada. Que contó:

Uno- por mi hermanita menor

Dos- por mi padre

Tres por mi mujer y su hijo

Cuatro por mis hermanos todos

Cinco por mi madre

Seis por mi madre

Siete por mi madre

Ocho por mi madre

Nueve por mí, y el último respiro de este ángel en el que me convierto y que empieza a desaparecer.

¿POR QUÉ LLEGASTE TARDE PABLO?

Pablo llegó ese día muy temprano al pueblo, dos horas antes de lo acostumbrado, amarró el caballo a un árbol y caminó hacia su casa.

Las calles estaban llenas de una neblina pesada que casi no permitía ver nada, quizá porque era muy temprano, o quizá porque el día iba a ser más frío que de costumbre. Miró a su alrededor, habían pocas personas despiertas; la tienda estaba cerrada, los árboles quietos; no se oían las gallinas ni los pájaros. Un tremendo y monstruoso silencio lo alertó, los oídos casi se le reventaron por ese silencio. Algo pasaba inevitablemente: la calle llena de hierba donde antes había pavimento y las paredes corroídas por el tiempo.

Pablo, ausente Pablo, el tiempo lo traía después de muchos años. Al llegar a la esquina de su casa, sintió un tremendo escalofrío en el pecho, una sensación de nostalgia que no podía soportar, apretó los dientes y disminuyó el paso; la puerta de la casa estaba entreabierta.

-Mamá nunca la deja así- pensó.

Cuando estaba a punto de llegar, un sentimiento de angustia le mordió el cerebro. Empujó la puerta y sin querer se untó los dedos del verdín que estaba pegado a la madera.

-¡Pablo!- Alguien gritó.-Ahí ya no hay nadie, todos se fueron para arriba, parece que el volcán va a erupcionar.- Le dijeron, era la voz angustiada de una mujer

-Corre mijo, ¿Por qué llegaste a esta hora? Ya todo el mundo se fue-

La mujer pasó por su costado, iba descalza y sola, con un vestido café y el pelo enredado, era una antigua vecina: Magola.

-Doña Magolita espere!-. Dijo Pablo.

La mujer al pasarle corriendo tan cerca provocó una pequeña brisa escalofriante. Pablo sintió miedo, pero no quiso correr, no entendía que pasaba.

La iglesia a lo lejos empezó a verse, el sol le quitó la niebla de encima. Pablo la miró fijamente, y por un momento la cúpula empezó a desdibujarse otra vez, iba lentamente como hundiéndose en el suelo, todas las casas bajaron; el suelo empezó a hacerse gris, la niebla volvió de golpe y le quitó la visión; el terror lo invadió, se devolvió rápido; corrió lo más que pudo, se calló, se volvió a levantar, de repente sus hermanos aparecieron junto a él. La calle cambió, el barro, las cenizas. El tumulto entretanto se precipitó en carrera desesperada. Pablo se detuvo, sus pies dejaron de hundirse en el lodo, sus hermanos desaparecieron. El estruendo se hizo de nuevo el mismo silencio que encontró cuando llegó.

La tierra cambió a su paso, ahora era hierba, hierba tupida que mojaba sus zapatos con la humedad que recogió de la noche; hierba y enredaderas que envuelve las tumbas. Habían tumbas, habían casas sin puerta y sin ventanas, y la cabeza de Pablo empapada de barro.

-¿Que pasaaaa?- Gritó Pablo, una pregunta exhalada desde lo más profundo de sus miedos, mientras, su corazón ya no aguantaba más. Siguió caminando hasta que llegó a la carretera, a un costado estaba el hospital sepultado hasta más arriba de la mitad. Habían carros pasando, se detuvo a mirarlos fijamente. De repente pasó un bus con un letrero que llevaba impreso y que decía: "2012 será el mejor año", Pablo dio la vuelta y miró el verde prado a su alrededor y entonces ese día, 27 años después, logra entenderlo todo.

LA HERENCIA.

Entreabrí los ojos y vi el borroso cuerpo de mi madre parado frente a mi cama. Casi no sentía mis manos, y ese cansancio que no me abandonaba hizo que volviera a cerrar los parpados que pesaban como mi vida.

-Acércame a la ventana mamá. Quiero ver los carros, quiero ver pasar los carros. Hace tantos años que estoy aquí encerrado que ya se me está olvidando como son las calles y la gente. Como pueda mami, despacito, lléveme a la ventana que quiero ver los carros por última vez.

No quise hablar mucho porque mi voz me asustaba. Esos ronquidos ya no eran míos, eran solo de aquel monstruo en el que me había convertido a causa de un trastorno hereditario. Sí, mi padre no me heredó casa, ni plata, pero sí una deformación genética llamada... bueno, es difícil recordar esos nombre raros que le ponen a las enfermedades por el científico o el médico que las descubre.

-Enfermedad de Hodgkin, mi señora, más conocido como cáncer linfático. Es un tipo de cáncer muy agresivo y muy difícil de detectar y por eso nos demoramos tanto con el diagnóstico. Es el caso de su hijo. Solo nos resta tratar de darle las mejores condiciones para que pase sus últimos días dignamente. Hay que dejarlo internado. Realmente quisiera que las noticias fueran otras pero, es lo único que hay por decir. Lo siento mucho en verdad. Deje todo en manos de Dios, él sabrá qué hacer con su hijo.

Cerró la carpetica azul que tenía en sus manos, se peinó el cabello con sus dedos y miró al piso. No era cosa de todos los días tener que decirle a una madre que su hijo va a morir irremediabilmente, y menos si el hijo está sentado justo al lado con la garganta hinchada y una aguja enterrada en la mano.

El doctor se acercó a la enfermera y le dio algunas instrucciones en voz baja. Luego se me acercó y me puso la mano en la espalda y me dijo:

-Hoy juega el Real Cartagena. Te voy a mandar a traer un control para que puedas buscar el partido en la tv desde acá y no tengas que pararte. ¿Listo?

-¿Cuántos años me quedan de vida doctor? Dígame la verdad. Desde el primer día le dije que tenía que hablarme con la verdad. Si no puede curarme, y es lo único que puede darme, hágalo. Deme una verdad.

Sus ojos parecían de hielo. Un verde aceituna que me miraba fijo. Hizo un poco de drama, cambió su gesto habitual y me dijo:

-Tres meses si tienes suerte.

Mi madre aguantando el llanto, se recostó en la puerta hasta que la abrió y se dejó salir como un zombi. No supe de ella en horas. Yo me quedé allí sentado en esa cama fría y blanca. El doctor salió, todos salieron. Al rato llegó la enfermera con el control del tv. No sentí ganas de llorar, solo una tristeza que se me metió por todos los huesos y una soledad tan grande que llenaba la habitación y se salía, llegaba a la esquina, doblaba la cuadra y seguía hasta llegar a todos los rincones de esta ciudad por los que un día anduve.

Tenía los testículos como dos balones y me costaba cerrar las piernas. Empecé a mirar lo deforme que me había puesto y supe que ya no volvería a ser como antes, nunca más. Me sentí tan estúpido al saber que tantos exámenes, tantas esperas, tantas pastillas, inyecciones y operaciones habían sido inútiles. Caí en cuenta de que realmente iba a morir. Y que la hinchazón no cesaría, por el contrario cada vez sería peor.

Un amigo me dijo, antes de que me trajeran a la clínica esta, que no me asustara, que Dios iba a estar conmigo y que rezara mucho para que los días pasaran pronto. También me dijo que aquí las horas parecen días y los meses años. Yo le respondí que no tenía miedo y que las alucinaciones sobre el tiempo ya las había tenido antes y que tampoco me asustaban. Pero al quedarme ahí solo, empecé a pensar en todas esas palabras y sentí ganas de correr. Luego de un rato lloré

incontrolablemente. Lloré hasta que me dolió la garganta; lloré con pujos y reclamos, con nostalgias y dolores, con la piel y los intestinos. Lloré.

La primera vez que noté que empezaba a enfermarme fue un día en que estaba a punto de acostarme con mi novia. Dolía tanto el solo hecho de tener una erección que me asusté, y a los dos días estaba en la EPS haciendo fila para una cita médica.

Brotes en la cara y esos mareos. No quiero recordar las fiebres. Y mucho menos las intervenciones quirúrgicas que terminaban sin diagnóstico definido.

Yo fui feliz antes de empezar a heredar los trastornos paternos.

Jugaba al fútbol y me fascinaban las motos, los carros; tenía mucho sexo con mi novia y veía televisión los domingos. Sobre todo si había partido, porque siempre me gustó el fútbol. Mi padre me llevaba a ver jugar al Real Cartagena cada vez que podía. Hasta que enfermó y ya no pudo salir más de la casa.

El día de su entierro yo eché el primer puñado de tierra en su ataúd. Abracé a mi madre y lloré con ella.

Nada se comparaba con mis días de infancia, cuando no lloraba ni me enfermaba, ni me llevaban obligado a clínicas, ni me sacaban sangre; ni me inyectaba ni nada de eso.

Esos días de colegio donde sacaba las mejores notas y las niñas se peleaban el derecho a darme el beso de la buena suerte antes de los partidos de micro fútbol.

Quiero morir viendo la luz del día, los carros y la gente pasar y hay un momento que quiero sea el último recuerdo que pase por mi mente: el día que me sentí el niño más feliz del mundo. Cuando mi mamá me regaló mi primer balón, a los 7 años. Corrí como loquito a patearlo al patio y mi sonrisa iluminó la cara de todos en la casa. Un jueves en la tarde, con el cielo despejado y azul, el más azul de los cielos que jamás había visto.

LOS PATIOS.

- ¡Miguel! ¡Miguel!- A lo lejos una voz lo llama desesperadamente, ya no puede casi escucharla, en cambio el sonido de su respiración se hace exorbitante, sus ojos casi se cierran solos, pero procura mantenerse atento. Detrás de las cortinas de aquel cuarto extraño, ahí está miguel mientras sus pies resbalan en la sangre que pisa. Su sangre Escurre rápidamente por entre sus dedos, con su mano apoyada en ese río purpura que se le desprende de los intestinos. Despacio sigue su marcha mortal, recostado a la pared para no caerse, dejando aquellas marcas sobre el piso rustico con sus zapatos de tela. La pared de cerca casi se suma a su desesperación por salir de allí. En su mente un recuerdo llega:

Viene a su mente una noche aclarecida por las nubes. El golpeteo de la carne y las caricias sobre la ropa. Detrás, en el patio, con el hijo del vecino. Un momento repetido muchas veces mientras su madre en la otra esquina de esa cuadra, fríe las empanadas en un caldero de aceite y reniega entre tanto porque su hijo está quien sabe dónde.

-¡Yo no soy ningún marica; marica eres tú que te dejas de mí, y buscándome todo el día, eso sí es una maricada Javier-

-Mira Miguel, yo no quiero pelear, es solo que creo que le tienes mucho miedo a la gente, eso es todo.-

Miguel le agarró por el cuello fuertemente, como si tratara de ahorcarlo, hasta que Javier sintió que no podía más, sus ojos se hinchaban, trató de zafarse, pero no pudo. Hasta que por fin lo soltó con una sonrisa burlona y despectivamente le dijo:

-Yo no le tengo miedo a nadie. Y no te pongas a joderme con esa preguntadera que a mí no me gusta hablar de lo que somos, solo debe interesarte que no estoy con nadie más y que la pasamos bien, y que pase lo que pase siempre estoy contigo sin importarme nada.

-Sí, pero siempre escondidos en el patio, nunca vamos a ningún lado.

-Yo no quiero ir a ningún lado, no me gusta salir.

Miguel salió dejándolo ahí en el suelo mojado por las lluvias de la tarde, y Javier dolido y con la misma tos de siempre salió por la parte de atrás sin que nadie lo viera.

¿Qué mierda es esta? ¿Dónde estoy? ¿Alguien me puede oír?

Sigue enterrado en la oscuridad de aquel cuarto. Aunque se esfuerza por hacerse escuchar, su voz cada vez es más débil y sus ojos miran a través de la ventana los adornos de navidad que apagan y prenden en un compás mecánico. Y su vista cada vez los percibe más pequeños y borrosos. Se alejan y se acercan como fantasmas de luces, un paso más hacia ningún lado. Y las marcas en el piso van corriendo a medida que avanza hacia la otra pared. No puede encontrar la puerta.

-¿Qué hago mamá? ¿Las echo todas?

-No miguelito, una a una, despacio para que no te salpique.- De nuevo su madre le daba una sonrisa, después de tantos días.

-¿A dónde vas cuando te pierdes hijo? ¿Por qué nunca me contestas?

Miguel solo la miró y le sonrió, por su mente nunca pasó el contarle la verdad, y ese día no sería la excepción, prefería guardárselo todo, y sólo quedarse allí, mirándola con cara de felicidad mientras le ayudaba a freír las empanadas. ¡Nunca! Esa era la respuesta que él le daría después de tantas misas en su honor y tantos ruegos a Dios para que dejara de ser tan solitario y volviera a ser el hijo de antes. Pero ese ¡Nunca! estaba lleno de tantos temores, que lo hacían insensible al dolor de su madre por no entenderlo.

Y entre tantos tormentos seguía fingiendo aquella sonrisa de niño bueno que tenía. Mientras continuaba soltando las empanadas una a una, pensando en la llegada de la noche y Javier con sus camisitas de cuadro y sus pantalones

holgados. Mientras se bañaba hacía el recorrido con sus manos sobre su cuerpo, el mismo recorrido que Javier continuaba a oscuras, sin luz, mientras todos los buscaban, en el más doloroso silencio, sin poder gritar el placer de cada goce, de cada beso, de cada caricia, y en aquel desespero retornaba al absurdo del odio mutuo por no poder soportar lo que ocurría.

Ni un segundo Javier salió de su mente, ni aun cuando iba de camino al colegio. Un paso pensaba en sus pies, en sus piernas, otro paso y era la holgada curvatura de sus pantalones cubriendo lo prohibido. Y otro paso más: el pelo y la sonrisa.

Pero como sentía, de igual manera ocultaba aquello. Ni Javier mismo sabía que lo pensaba más que en ir al cine, o en tomar con los amigos; y el billar, o la consola de Xbox. Diecisiete años de los cuales solo recordaba dos. Los mismos que habían empezado en el patio de su casa. Pero que desde el mismo día en que todo empezó odiaba con desesperación.

-Yo no te quiero Javier, solo jugamos, eso es todo- Allí estaba, el mismo discurso de siempre tratando de hacerse el fuerte.

-Yo no quiero jugar más, quiero una realidad Miguel.

-Eso es imposible, mi madre se moriría.

-¿Prefieres morirte tú entonces?

-No digas maricadas, siempre en las mismas maricadas, ya aguanta con eso, me cansé y no quiero volver a lo mismo, no quiero que nos volvamos a ver nunca. ! Lárgate! ! Vete!

Apuntó el dedo hacia la izquierda señalando la carretera que estaba a la orilla del colegio, y Javier bajando la cabeza, guardó un silencio largo, mientras sus ojos enrojecidos ya no lo volvieron a mirar más. Miguel entretanto se quedó esperando a que diera media vuelta y regresara como lo hacía siempre, pero esta vez ya no lo hizo.

¿Cómo había llegado a aquel lugar? ¿Cómo? si apenas recordaba su nombre y la cara de su madre. No sabía dónde estaba, ni quien lo había llevado allí. De pronto empezó a ver unas figuras torcidas que se aproximaban, hinchadas de oscuridad se diferenciaban de lo oscuro por más oscuridad y se quedaron de repente estáticas. En su oído derecho le rezumba una tos de cigarro que es constante quiere voltear a ver quién es, pero no puede. Miguel cae al piso, solo una mano sujeta la vida, pero en su abdomen la sangre sigue saliendo sin cesar, con la otra mano trata de buscar apoyo en aquellas figuras para ponerse en pie. Sabe que si se rinde morirá en aquel lugar. De pronto se le empiezan a adormecer las manos. Y las fuerzas se le van. Un grito de su madre al otro lado de la calle:

-¡Se volvieron a robar el foco del patio! ¡Miguel, Hijo mío!-

En su garganta un nudo se hizo tres vueltas y en el estómago un frío, la sexta parte de sus sentidos hacia presa de un pensamiento que traía remendado a la cabeza desde hacía tanto tiempo.

-¡Dios mío! ¡Madre!- De vuelta a la pared miguel sigue buscando la puerta. De repente la figura toma presencia en su cara. Las mismas manos que le acariciaron una vez, ahora le sujetaban la boca ahogando sus gritos.

Una vez más el puñal golpea partiendo su carne más por el golpe que por el filo. Herido de muerte, una última mirada y reconoce el rostro de Javier, y al término de su brazo, el final de su existencia. Las paredes se han ido, no más quedan los retorcidos trozos de cinc que dividen los dos patios, y la ventana: el agujero por donde Javier se colaba. Las luces de navidad hacen burla a la distancia mecánicamente una y otra, y otra vez.

LA LLEGADA DEL HERMANO MAYOR.

Mi vida comenzó cuando tenía 5 años. Digo desde esa edad porque fue a partir de esa etapa que comenzaron mis recuerdos. De los años anteriores no tengo memoria. A excepción de algunas imágenes que estallan de pronto como bombas alucinógenas, y no sé si son reales o es que solo hacen parte de una ilusión que no logro ubicar en ninguna etapa de mi vida. Ya tendré tiempo de contarlas.

Por ahora viene a mi memoria una mañana después de un escandaloso vendaval, en casa todos nos levantamos temprano y bajamos al pueblo.

Desde los hombros de mi hermano Ernesto yo recuerdo haber visto por primera vez los hermosos borbotones que se hacían en la corriente del arroyo Alférez.

Ya no todo giraba en torno a la hamaca donde me dormían, ni en los chitos crocantes que me daban todos los días por las tarde, ni en las bicicletas de alambre que me fabricaba Papá. Ahora mis ojos se abrían a una nueva versión de la vida. Aquellas escenas que dejaban a todos horrorizados, mi pequeña mente las comprendía como magnificas oportunidades para recrear la vista.

Extraños paisajes aparecían frente a mí. Era el horror del desastre, y mis ojos grandes como lámparas se abrían por primera vez al mundo. Los pies de Ernesto caminando en el barro me conducían más profundo en el desastroso panorama que dejaba la crecida más grade que aquel arroyo había tenido en muchos años.

Muertos en sus tumbas de barro sacaban sus manos tiesas por encima de los escombros; colchones remontados sobre los techos que aún quedaban, casas a medias, gente llorando. Y para mí era el mejor día de la vida porque iba sobre la espalda fuerte de mi hermano. Desde ahí las cosas se veían como en una especie de película que aunque uno no comprende muy bien, no quiere dejar de ver.

Le pregunté a mi hermano que pasaba ¿Por qué la gente lloraba? Y él solo me dijo que habían perdido cosas, que toda la gente está muy acostumbrada a ellas y

cuando se las quitan o como en aquel caso, se las lleva el agua, se ponen muy tristes y por eso lloran.

-Nosotros vivimos muy lejos de la corriente, por eso no nos pasó nada- Dijo Ernesto.

Recorrimos el largo camino por la orilla de la creciente y seguimos viendo por doquier, chancletas, ropa, bicicletas; muchas, muchas casas sin techo; colchones, barro, papeles, zapatos, latas, personas y todo tipo de envoltorios, todos reducidos al mismo nivel. Y allí cerca de un árbol caído, encontré un maravilloso juguete. Estaba lleno de barro amarillo y casi no se veía de no ser por sus cabellos que sobresalían y sus ojos casi vivos y hermosamente entreabiertos. No tenía cuerpo, no era más que una cabeza de muñeca con el pelo azul. Me maraville con tanta belleza.

- Azul, pelo azul...-. Dije, mientras con pequeñas sacudidas logré que mi hermano me bajara de su espalda para poder cogerla.

-Deja eso ahí Helenita. Te vas a ensuciar las manos, cochinaaaaaaa...- Mi hermana Carmen gritó con cara de susto y Ernesto me volvió a cargar. Pero por más que trataron no lograron hacer que soltara mi nuevo juguete.

No tenía cuerpo, pero eso a mí no me importaba, si lo podía imaginar. Imaginé que tenía su ropa azul también y piernas flexibles, que hablaba y caminaba; aunque apenas se sostenía en un pequeño palito que clavé en el suelo del patio. La cargaba envuelta en un suéter viejo y para mí era como una bebe.

Con los días se acostumbraron a que no podrían quitármela. Entonces mi hermana Carmen le hacía trencitas y yo no necesitaba nada más para ser feliz.

Un día me desperté y la vi ardiendo en la basura.

¡Mi muñeca! ¡Mi muñeca!

-¡Que muñeca ni que nada!- Dijo mi mamá.

Intenté rescatarla con una rama seca, pero ya sólo quedaba la mitad.

La devolví al fuego al ver que no tenía arreglo.

Me sentí muy triste, pensé que nadie me quería, porque nadie había hecho nada para salvar mi juguete. Aquel día, después de lo ocurrido le dije a mi hermana Carmen:

-Estoy triste-

-¿Por qué? ¿Por la cabeza de muñeca? Eso no es nada, las niñas buenas no se ponen tristes ni lloran- Respondió ella.

-Pero en el arroyo habían niños llorando, ¿Ellos no son buenos? –Le pregunté.

Entonces se metió en la hamaca con una guayaba en la mano y me dijo:

-Ven, vamos a mecernos y te doy esta guayaba que está muy sabrosa.

Tres años más tarde, nuestras vidas seguían igual de estables: los cultivos de yuca y maíz de mis padres, el colegio, mis hermanos, los juegos; celebrando siempre las navidades con sancocho y bailando la Lambada los domingos.

Mi hermano Ernesto se había ido a Cartagena a trabajar hacía ya un año. Siempre que podía venía a vernos.

Cuando consiguió trabajo fijo me compró una muñeca, un carro, ropa, mi primer par de zapatos. Ese día llegó más contento que nunca, nos dio la noticia de su nombramiento y desempacó un televisor a color que nos había comprado.

Yo solo esperaba que la corriente del alférez nunca llegara hasta nuestra casa, así todos seríamos tan felices y alegres como siempre.

Pero un día, un viernes en la tarde, mi tío Óscar llegó con malas noticias. Todos lloraron ese día, pero yo no sabía por qué.

Me fui a dormir temprano porque no me dejaron pender el televisor.

Al día siguiente las caras de todos monstruosamente hinchadas por el llanto me decía que algo pasaba. Pero nadie decía nada.

Pregunté y pregunté, pero nadie me dijo nada.

Hasta que decidí volver a mis juegos rutinarios con amigos imaginarios bajo el árbol de mango del patio.

Sin televisor ni radio, solo quedaba correr mi caballito de matarratón y perseguir mariposas, desenterrar tesoros y recoger guayabas.

Hasta que, a las 4 de la tarde mi madre se echó a llorar inconsolablemente y gritó:

-Ernesto hijo. Dime que no estás muerto- con un quejido terminaba la frase y hundía la cara en las manos como escondiendo su rostro atormentado.

Me alerté de inmediato y empecé a responderme las preguntas que me había hecho durante todo el día.

Lento y pausado se aproximó un grupo de personas pálidas y sudorosas que traían un ataúd con el cadáver de Ernesto.

Sentí ganas de llorar al verlos a todos llorando.

Bajaron el cajón y lo pusieron sobre la mesa donde antes estaba el televisor.

Abrieron la ventanita del féretro para que todos lo pudieran ver y efectivamente, todos se iban acercando a echarle un último vistazo, como decían. Y cuando llego mi turno sentí un espasmo en el pecho, casi no podía respirar.

-Déjenla que lo vea, él era su hermano- dijo alguien.

Me incline para verlo y noté su cara hinchada, negra, con algodoncitos en la nariz. No se veía más que su cabeza como si estuviera metida en un recipiente, como si solo tuviera la cabeza, y el cuerpo ya estaba sepultado en la madera del ataúd. Igual que Azul, solo que esta vez, por más que hice, no pude imaginar su cuerpo.

Sentí ganas de gritar, pero no lo hice.

Supe aquel día que las corrientes, las crecidas más grandes de la vida pueden llegar de muchas formas hasta nosotros y dejarnos sin techo, sin cama, sin amor, sin esperanzas. Y que a veces estas crecientes pueden ser de agua y otras veces pueden venir también en otras formas.

MI ÚLTIMO DÍA EN CARTAGENA

Desde que era niño, no me hacía falta otra cosa más que el cielo de la tarde, siempre distinto, coloreado de todos los tonos del azul, entrecortado por un horizonte lleno de árboles; el ganado que seguía la misma ruta día tras día, el desayuno a las 5 de la mañana y el sabor de la leche recién ordeñada. Mi universo era el universo de siempre, atrapado en un entorno de verdes de praderas y lomas, conformado por las rutas y la gente que veía siempre. Nunca fue más ni menos de lo que necesitaba, tenía lo indispensable para el cuerpo y también para el ánimo. Mi único anhelo era el sábado, cuando iba a esperar a Juliana a su casa para llevarla al pueblo y comernos un helado; a ella le gustaba el de chocolate, siempre pedía del mismo, luego me abrazaba y se reía y me volvía a abrazar. Ella era lo que me movía a la civilización, porque cuando no estaba con ella, sólo necesitaba mi universo para sentirme completo.

Aquel día, fui como todos los sábados por Juliana, estaba más linda que nunca; su cabello largo y negro y sus ojos pequeños que me miraban con ternura, no sé por qué había un brillo diferente en ellos. Corrió hasta mí y me abrazó diciéndome:

- ¡Helías! Te estaba esperando, amor, estoy feliz, quiero gritar.

-Entonces grita, no tengas miedo-. Le dije levantándola con mis brazos y sujetándola a mi pecho.

Después de reírnos como locos empezamos a caminar tomados de la mano, en un instante me miró y empezó a decirme:

-Sé que me quieres mucho y que eres muy noble-

Aquellas palabras las decía en tono dulce como preparando el terreno, para asestar un golpe fatal.

-Helías, sé que quizás no entiendas, pero este pueblo no lo es todo, el mundo es muy grande, hay cosas que ni te imaginas.

Tuve que hacer un esfuerzo para no cambiar la expresión.

-Me tengo que ir a la ciudad, voy a trabajar, me consiguieron un trabajo en Cartagena y me quiero ir para allá –

El gusto se me volvió angustia. Y ¿Ahora qué? si yo no sabía vivir sin aquellos sábados, sin sus besos, sin mi pequeña. Aguanté un nudo que se me hizo en la garganta, para poder seguirle la conversación.

-Juliana, jamás te he dicho que no a nada, siempre te apoyo en todo, pero nunca pensé que me dejarías.

-No te dejes, tu vendrás después a vivir conmigo-

Sus ojos me miraron llenos de una alegría que jamás le había visto y me mostró una revista. Nos sentamos en un andén y empezamos a ojearla.

Siempre había pensado que los lugares comenzaban donde está la tierra, la hierba, los animales; donde cantan los gallos, y las hormigas conviven con uno y los perros se sacuden sus incomodidades sobre el piso. El espacio de agua más grande que había visto era una laguna, situada en una finca que quedaba a dos leguas de mi casa. Me había conformado con el vértigo de las tormentas de agosto y el ritmo brioso de la yegua de papá. Jamás imaginé un mundo donde los árboles fueran de concreto y tuvieran hojas largas, delgadas y metálicas o que las casas se suspendieran unas sobre otras como los cúmulos de tierra donde suelen vivir los comejenos o los panales que fabrican las abejas.

Cartagena, decía la portada. Empecé a leer y a ver lo que era la ciudad. Ya antes había visto fotos de ese sitio, pero aun así pensaba que solo existía en el papel o en alguno de mis locos sueños, aquellos que prefería ignorar para ahorrarme la necesidad de pensar en cosas inútiles como decía papa.

-Hijo. La vida está en el monte, no se ponga a pensar en nada más, eso de estudiar y caminar no es bueno, le puede pasar como a su abuelo que por andar de caminante lo robaron y lo mataron en la ciudad.-

Recodaba con exactitud lo que mi padre me decía, porque me lo repetía siempre, cuando me veía tomar alguna revista o algún libro para leer.

El corazón se me aceleró, sentía un terror absoluto, y a la vez una emoción que no sabía explicar, pero pensé que no sería tan malo si Juliana quería irse, si había gente que vivía allá.

Después de conversar y oír a Juliana darme todas sus excusas para querer irse, me devolví a mi casa, no paré de pensar en aquello durante todo el resto de la noche. ¿Qué debía hacer?, ¿por qué lo dudaba? Si yo era mayor y podía hacer cosas que antes no. Pensaba y pensaba, pero aún faltaba tiempo. Quizá, después se me quiten las ganas, me decía a mí mismo.

Pasaron dos meses y Juliana estaba por irse. El día antes de partir la fui a buscar, y su mamá me abrió la puerta, con su cara de fingida amabilidad llamó a su hija y ella salió. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

-Helías, te voy a extrañar mucho-. Me besó como nunca, frente a todos, sacó de su bolsillo un papel arrugado y me lo dio.

-Ésta es mi dirección en la ciudad, sé que vas a ir a buscarme, ¡júramelo Helías!, porque si no vas no nos veremos nunca más. Yo no regresaré-

Me miró y se puso a llorar. Un último beso y entró en su casa, desapareciendo ante mis ojos con su trajecito azul y los pies descalzos. La puerta se cerró detrás de su pelo negro que acababa de dejar impregnadas mis manos de un agradable olor a shampoo, del rosado, de ese de Juliana, el mismo que nunca olí en ninguna otra mujer.

Quise decirle que no llorara, que si lo hacía entonces no nos volveríamos a ver. No sé por qué se me ocurrió ese loco agüero de mi madre que dice que no hay que llorar por los vivos, porque después se mueren, pero no me dio tiempo, se fue, quizá para que no la viera llorar más, o para que no me doliera tanto, sin saber que mi corazón estaba hecho pedazos y que nada podía dolerme como aquel sentimiento de vacío que acababa de dejar en mí.

No la volví a ver, no me escribió en meses, y yo no hacía más que pensar en la ciudad, en buscarla y caminar con ella aquellas murallas de la foto. El papel que me había dado ya estaba casi borroso de tanto que lo sacaba para mirarlo como si se tratara de una carta de amor. Casi cuatro meses y yo siempre yendo a su casa a preguntar por ella, pero su mamá no me abría la puerta.

Entonces decidido salí aquel día de mi casa, escogí una ropa, la metí en una bolsa, saqué los ahorros de debajo del colchón; me bañé, me vestí, no dije nada como siempre que salía. Mis padres nunca me preguntaban nada, solo el perro Chente, me saludó con su cola, y yo le dije: ¡Adiós amigo! Mientras me encajaba la camisa de cuadritos, la favorita de Juliana. No sé si llevaba más ganas que susto, pero el hecho es que me puse en marcha y mi destino: la ciudad de los arboles de concreto, y de balcones florecidos, la de las casas que se suspenden unas sobre otras.

Luego de andar largo rato en un bus de San Juan llegué a la terminal de transporte, empecé a preguntar y por consejos tome una buseta verde y blanca que llegaba hasta el centro. Durante todo el camino no hice más que mirar por la ventanilla, y notaba como poco a poco la cobertura de las casas iba cambiando: de rústicas a elegantes, luego a distinguidas, luego ostentosas. En el ambiente habían olores distintos: a café, a carne asada, a limón, a gasolina, sobre todo a gasolina, y ese hedor de la estufa de la mamá de Juliana que siempre me molestaba tanto, ahora los carros olían a eso. La gente era tan distinta, era un universo paralelo al mío. Pero, sentí una necesidad de quedarme allí para siempre, solo hacía falta Juliana y todo estaría completo.

Al llegar al centro vi a la ciudad más hermosa del mundo, parecía suspenderse sobre la espuma del mar, las murallas estáticas, eternamente gobernaban su entorno.

Me desorienté, yo que siempre sabía la hora, ahora ni sabía para que lado se escondía el sol, pero aún estaba la luz de la tarde, brillante sobre los techos de concreto. Apreté con fuerza el crucifijo que siempre llevo conmigo, para que Dios me vea. Volví a mirar el panorama, la ciudad de balcones. Ahora estaba dentro de ella, bueno, a unos cuantos pasos porque debía cruzar la avenida. En frente estaban las murallas y detrás las calles que tanto anhelaba recorrer.

-Y la dirección de Juliana...bueno, ya encontraré quien me diga donde es ese sitio-, pensé.

Al cruzar la calle miré a la derecha, pero no me percaté. Del otro lado un automóvil gris: el golpe, el estruendo, mi cabeza, el pavimento. Mi cara chocó contra el metal, se me aflojaron los dientes; dejé de sentir mis brazos, los hombros, las piernas, y un hilo de sangre comenzó a fluir por mis oídos. Escuché la gente gritar, y los autos pitando. No tenía noción del tiempo, todo pasaba tan lento y de repente se aceleraba todo. De cara al sol entre abrí los ojos y vi una cruz roja. Mientras me sujetaban para ajustarme a una cama larga alguien me limpió la cara con un paño, unas manos rudas intentaban mantenerme atento y distraerme de lo que me estaba pasando. Comencé a pensar en Juliana, dónde estaría.

Recuerdo bien las caras, los uniformes blancos, todo era blanco, a diferencia de mi universo donde todo era verde, aquí todo era blanco: mis esperanzas, mis deseos.

Todo aquello me provocó una somnolencia incontrolable, como si me pesaran los párpados, yo que casi no dormía. No comprendía por qué me ocurría eso, quizás

era por la sangre que me estaba saliendo por la boca y las orejas, pero no podía dejarme vencer del sueño,

-Ya casi llegamos.- Dijo el hombre vestido de blanco. Empecé a sentir que no aguantaba más. La voz se repetía, cada vez la escuchaba más lejos, pero el sueño me vencía,

-No me quiero dormir-. Traté de gritar, pero no me salían las palabras. Abrí los ojos de golpe, entonces me bajé de la ambulancia, y miré a mi alrededor. Veía los autos veloces pasando cerca, algo dentro de mí me decía que debía correr tras aquellos que se llevaban mi cuerpo, pero volví a mirar la ciudad, hipnotizadora, hermosa. Quizás después persiga el recorrido del blanco, ahora prefiero caminar por la ciudad. Alguien debe saber la dirección de Juliana.